

## Introducción

**P**ensar sobre la idea de Dios en la ciudad no es un tópico nuevo, hay quienes ya lo han hecho, cada quien enfocando o acentuando aristas diversas. No es el propósito de este libro explicar, ni desarrollar teoría alguna sobre el tema; la única intención es acercarse a la vida que late y bulle en la urbe, para evidenciar –un poco a tientas– de qué modo se percibe a Dios desde la experiencia de personas que viven en lo urbano, rururbano (coexistencia de lo urbano y lo rural en la ciudad) o en la gran ciudad. Surge esta inquietud mirando los tiempos que corren, de procesos y cambios cada vez más intensos, más veloces y cargados de “novedad”, en los que –quizá– la novedad de Dios, su cercanía y presencia no está ya en la preocupación diaria de la gente o simplemente, como algunos dicen, ya no es una “variable” en sus vidas.

La ciudad, en tiempos antiguos, era el lugar más seguro para resguardarse de las amenazas externas, la gente se agrupaba, se conocía más o menos, se ayudaban y se defendían. En la ciudad se concentraban las familias, todos los espacios necesarios para vivir, los servicios indispensables, las instituciones que la organizaban, etc. Se entendía como una unidad cohesionada y firme para protegerse de los invasores y de ataques o peligros circundantes.

En nuestro tiempo las ciudades han pasado de ser lugar seguro a lugar inseguro, la casa familiar se ha hecho multifamiliar, los edificios y departamentos son tan impersonales que es posible que los vecinos de un mismo edificio apenas se conozcan; los espacios como parques y urbanizaciones se han enrejado, las populosas barriadas

son inseguras. Esto está configurando una cultura de muros. En términos del papa Francisco, “aparece hoy la tentación de hacer una cultura de muros, de levantar muros, muros en el corazón, muros en la tierra para evitar este encuentro con otras culturas, con otras personas. Y cualquiera que levante un muro, quien construya un muro, terminará siendo un esclavo dentro de los muros que ha construido, sin horizontes. Porque le falta esta alteridad» (FT, 27).

En efecto, la realidad de las ciudades de nuestro tiempo, hay que decirlo, están marcadas por la masificación y el anonimato donde los rostros de las personas se desdibujan y diluyen, tanto que, podría decirse, son “tragados” por la ciudad para ser parte de sus engranajes; las largas distancias para movilizarse, el tráfico, el ruido; el trabajo “exitoso” para algunos, la precariedad laboral para muchos; unos y otros o son absorbidos por la lógica citadina o simplemente son “descartados como sobrantes”. Junto a todas estas miserias encontramos también la fuerte marca del individualismo, la búsqueda de nuevas experiencias, lo pasajero, el inmediatismo; el desarraigo, la búsqueda de lo último, la comunicación instantánea, el casi abandono de la comunicación interpersonal y muchos etcéteras, es lo que Zygmunt Bauman califica como “sociedad líquida”.

En esta maraña de realidades que se dan en la ciudad no podemos dejar de mencionar que, con todo lo bueno y malo que trae ella, es muy evidente la “presencia invisible” de los pobres y sufrientes, porque como dice el papa Francisco: “La ciudad, junto con la multiplicidad de ofertas preciosas para la vida, tiene una realidad que no se puede ocultar y que en muchas ciudades es cada vez más evidente: los pobres, los excluidos, los descartados”. Todo ello obliga a pensar ¿cómo se siente a Dios en la ciudad?, ¿cuál es la experiencia de Dios en medio del bullicio, la rapidez, el goce de los bienes, etc.?, ¿cuál es la vivencia de Dios, desde el dolor, sufrimiento, pobreza, exclusión? O, en otros términos, ¿es posible esa vivencia de Dios en espacios tan cargados de novedad, instantaneidad y al mismo tiempo sufrimiento, soledad o pobreza, en medio del bullicio?

La respuesta más simple sería pensar que es muy difícil o no es posible, porque a Dios sólo se le busca y se le encuentra en la intimidad personal; y esto podría corroborarse si consideramos por ejemplo, que en la tradición bíblica la manifestación de Dios suele realizarse principalmente en espacios alejados o solitarios, como el monte, el desierto, en el hálito del viento, o en las aguas; o, si revisamos la experiencia de los monjes, anacoretas o místicos que necesitaban salir del bullicio de la ciudad para descubrir y vivir su experiencia de Dios adecuadamente. Todo ello podría ser óbice e impedimento para pensar a Dios en la ciudad.

Sin embargo, como dice el papa Francisco, necesitamos tener “una mirada contemplativa de la ciudad, una mirada que sea capaz de descubrir a Dios que está presente siempre y habita en hogares, calles, plazas”. Se trata de descubrir y develar la presencia divina, porque “Dios no se oculta a aquellos que lo buscan con un corazón sincero, aunque lo hagan a tientas, de manera imprecisa y difusa” (EG, 71).

En la primera parte de este libro encontraremos relatos recogidos desde lo cotidiano de la vida en la ciudad o en lo peri-urbano que muestran la experiencia de fe o la duda, la presencia o “ausencia” de Dios en la cotidianeidad de personas que viven en la ciudad y en los ámbitos periurbanos. Se muestra un poco la mirada sobre Dios que se recoge “desde el sufrimiento del inocente”, como diría Gutiérrez.

Porque ellas viven y conviven en la ciudad, la mayoría, sin tener necesariamente su morada en ella, la transitan diariamente sin verla, son parte activa de su intenso movimiento sea por exceso o por defecto; y en la cotidianeidad de sus vidas laten sueños y frustraciones; alegrías y tristezas; esperanzas y desilusiones; y también Dios contra toda desesperanza. Por ello, esta primera parte clasifica los relatos desde dos frentes: el primero que plantea la pregunta por Dios frente al sufrimiento humano y el segundo que reconoce la presencia de Dios en su vida a pesar del sufrimiento, los dolores, pobreza y miserias.

Luego de la exposición de estas experiencias de vida, se presenta, en la segunda parte, una iluminación bíblica que puede ayudar a entender teológicamente aquellas experiencias. Para ello se recorre, sobre todo, los Salmos, oraciones bíblicas por excelencia, que recogen la multifacética experiencia humana de Dios en muy variadas circunstancias. La diversidad de vivencias de Dios que narran los Salmos corresponde muchas veces a la variedad de experiencias cotidianas relatadas en la primera parte de este libro, esto no significa hacer una correspondencia forzada, ni una jerarquización de una u otra, simplemente son experiencias que, tanto antaño como ahora, se dan en la vida de fe del creyente.

Porque, como se sabe, fe y vida, espiritualidad y vida cotidiana, son dos lados de la misma moneda. K. Rahner decía precisamente que “la espiritualidad y la vida normal cristiana hoy se ligan, se compenetran, se promueven recíprocamente. Nadie puede vivir hoy, como en tiempos pasados, en un paraíso de espiritualidad inmune al mundo, y tampoco puede componerse con este mundo concreto sin ser cristiano radical... Quien ejercita las virtudes del mundo y se deja educar por él en la alegría, en la audacia, en la fidelidad al deber y en el amor, vive ya en parte una auténtica espiritualidad, y esas virtudes mundanas le revelarán un buen día el más profundo misterio, que es Dios mismo»<sup>1</sup>.

Esperamos que la lectura de estos relatos ayude a la reflexión sobre nuestra propia experiencia de Dios en estos tiempos particulares en los que se hace necesario e indispensable “salir para encontrar a Dios que vive en la ciudad y en los pobres. Salir para encontrarse, para escuchar, para bendecir, para caminar con la gente”.

---

1 RAHNER K. (2008), “La fe en tiempos de invierno”, 73. En: *Dios, amor que descende. Escritos espirituales*. Introducción y edición José A. García, sj. Sal Terrae, 174.